

Una aproximación a la historiografía sobre el comunismo en México*

An approach to the historiography of communism in Mexico

Carlos L. Gómez

Doctor en Historia Moderna y Contemporánea

Resumen

La historiografía sobre el comunismo en México es una materia que se encuentra revisión continua y crecimiento constante. Este trabajo hace un repaso general de los enfoques historiográficos, los problemas de investigación y los periodos más estudiados en torno al comunismo en México, para ubicar la correlación entre la trayectoria del Partido Comunista Mexicano (PCM) y el desarrollo de las representaciones historiográficas sobre este último.

Palabras clave: Comunismo, historia, historiografía, México, Partido Comunista.

Abstract

The historiography on communism in Mexico is a constantly growing subject under permanent review. This paper offers a general view of the historiographic approaches, the research problems and the most studied periods around communism in Mexico, to locate some points of intersection between the political trajectory of the PCM and the historiographic representations about it

Keywords: Communism, history, historiography, México, Communist Party.

*Agradezco profundamente a Marco Antonio Ávila Peña sus comentarios y observaciones sobre el artículo

Para Pablo Hasel.
Para todas y todos los comunistas presos.
¡Libertad ya!

Introducción

Hasta la década de los 80, la historiografía sobre el comunismo en México era una materia poco conocida, de la cual se habían ocupado principalmente los militantes y exmilitantes del Partido Comunista Mexicano (PCM) —por lo cual estaba inscrita casi exclusivamente en el ámbito de la discusión ideológica y la lucha interna— así como algunos historiadores nacionales y extranjeros. En los últimos cuarenta años, sin embargo, han aparecido numerosos estudios historiográficos sobre distintos temas y aspectos particulares, con base en nuevas fuentes y desde perspectivas metodológicas muy diversas.

Como se verá más adelante, una parte considerable de estas investigaciones está concentrada en el estudio del periodo que va de la fundación del partido, en 1919, hasta la primera mitad de los años 40. Además, la inmensa mayoría de estos trabajos abordan los cambios históricos en la composición, la estructura y la organización del partido, así como el desarrollo de sus posiciones políticas e ideológicas, con énfasis en las relaciones entre el PCM y la Internacional Comunista (IC). En este sentido, el acceso a nuevas fuentes en archivos nacionales y extranjeros, las relecturas de fuentes ya conocidas y la adopción de una perspectiva predominantemente transnacional, ha posibilitado un conocimiento historiográfico mucho más profundo sobre la vida interna del partido, el papel de este último en la historia política de México y su lugar en el movimiento comunista a nivel mundial, sobre todo en América Latina y el Caribe.

A pesar de ello, aún hace falta un estudio más integral sobre la trayectoria del PCM entre los años 20 y la primera mitad de los 40, ya no digamos sobre los periodos subsecuentes en los que se podría dividir la trayectoria del partido. En general, los historiadores han prestado poca atención a la etapa que va de 1940-45 hasta 1981, año en el que la organización se disolvió formalmente para entrar en un proceso de unidad con otras fuerzas de izquierda. Además de ser menos abundantes, las investigaciones sobre esta etapa no profundizan tanto en el PCM como en la izquierda, sobre todo, frente a coyunturas nacionales como la que abrió el movimiento estudiantil de 1968, por sólo mencionar un ejemplo. Es decir, la historiografía sobre esta etapa es más diversa, especializada y tiende a analizar la trayectoria del partido de manera indirecta o referencial que la historiografía sobre la etapa anterior.

Es posible que esto se deba a que, a partir de la segunda mitad de los años 40, muchos exmilitantes del PCM que habían sido expulsados formaron sus propias organizaciones o se integraron a otros partidos, reconfigurando la cartografía política e ideológica de la izquierda mexicana de la época, con el marxismo y la Revolución Mexicana como sus principales ejes identitarios y articuladores. En este sentido, el primer problema que hay que encarar consiste en definir el conjunto de expresiones y organizaciones políticas que forman parte de la historia del comunismo mexicano, o si, por el contrario, debemos hablar de *comunismos* en un sentido más amplio.

Considero que una perspectiva integral tendría que partir de una noción unitaria del movimiento comunista en México a través del desarrollo de la lucha de clases. En este sentido, no basta con dar cuenta de los distintos momentos de división, acercamiento y unidad entre el PCM y otras expre-



Carlos Merida, segundo por la izquierda; Diego Rivera, Frida Kahlo y Clemente Orozco, en el centro de la imagen, miembros del Sindicato de Artistas, Pintores y Grabadores Revolucionarios, el 1º de Mayo de 1929 (Foto: Tina Modotti, fuente: Instituto Nacional de Antropología e Historia).

siones políticas que pusieron en el centro de su praxis la organización y movilización de la clase obrera como sujeto histórico y la transformación radical de las relaciones sociales sólo con base en las diferencias o coincidencias ideológicas, estratégicas y de principio. También es necesario profundizar en el estudio de las condiciones materiales, políticas e ideológicas a las que respondían dichas diferencias o coincidencias. En pocas palabras: es necesario partir de una noción de partido en un sentido histórico, amplio.

Al respecto cabe recordar la manera en la que Antonio Gramsci proponía abordar el problema de la escritura de la historia de un partido político: ampliando los límites de la narración sobre su vida interna, la génesis y el desarrollo de las polémicas ideológicas entre sus grupos e intelectuales, a la masa de hombres y mujeres que forma-

ban el partido, pero también al «grupo social del que el partido dado es expresión y parte más avanzada» y al «complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y a menudo incluso con interferencias internacionales)», de modo que escribir la historia de un partido signifique «escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico». No hay que perder de vista que Gramsci proponía, además, que el énfasis debía estar puesto «en la eficiencia real del partido, en su fuerza determinante, positiva y negativa, en el haber contribuido a crear un acontecimiento y también en el haber impedido que otros acontecimientos se realizasen»^[1].

Este breve ensayo busca ofrecer una

1.- Antonio Gramsci, «Cuaderno 13», en Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, vol. 5, México, Ediciones ERA-Bene-mérita Universidad Autónoma de Puebla, 1999, pp. 74-75.

perspectiva general sobre la historiografía en torno al comunismo en México. En la medida de lo posible, trato de referirme a aquellos estudios que abordan de manera directa la trayectoria del PCM y a otros que no necesariamente están concentrados en la historia del partido, pero que aportan elementos importantes para avanzar en una comprensión más amplia en torno al *partido* en sentido histórico. Por esa misma razón, también he incluido algunas aportaciones hechas en distintos momentos por militantes de la organización. Al mismo tiempo, he buscado exponer de la manera más sintética posible algunas referencias contextuales para aquellos lectores que estén poco familiarizados con la historia de México y del comunismo en México. Cabe aclarar que un estado de la cuestión exhaustivo requeriría llevar a cabo una investigación más a fondo y sus resultados tendrían que ser expuestos de una manera mucho más extensa que aquí. Insisto, pues, en que el objetivo es ofrecer una perspectiva general y, como en otros textos similares, es posible que el lector encuentre vacíos y omisiones que han sido inevitables.

Los relatos fundacionales

El último secretario general del partido, Arnoldo Martínez Verdugo, en la «Introducción» a su *Historia del comunismo en México*, parafraseaba un texto escrito en los años treinta por el historiador mexicano Luis Chávez Orozco en el que éste habría sostenido que: «los mexicanos conocemos más del hombre del Pedregal que de los orígenes del socialismo en México»^[2]. Desde que Martínez Verdugo empleó, a mediados de los 80, aquella referencia para ilustrar el enorme vacío historiográfico en torno al

estudio sobre los orígenes y la trayectoria del PCM en comparación con la prehistoria del país, las cosas han cambiado de manera considerable. A partir de los años 80, las investigaciones sobre el comunismo en México han sido abundantes y se encuentran en revisión constante en distintos espacios académicos y políticos. Aún más, no sólo han dado cuenta de la trayectoria del PCM, sino que han ampliado sus estudios a otras expresiones políticas que también forman parte del espectro ideológico del comunismo. Desde luego, en este complejo diálogo historiográfico, hay temas y periodos que han recibido más atención que otros, y debates de todo tipo en torno al sentido de acontecimientos que han sido interpretados y reinterpretados de diversas maneras, a la luz de nuevas fuentes y enfoques.

Los primeros relatos sobre los antecedentes y los orígenes del Partido Comunista Mexicano se encuentran en las memorias y testimonios de los militantes que participaron en la fundación del partido. Como fuentes de primera mano, aportan información que debe ser contrastada y comparada a la luz de otros documentos, ya que los sesgos subjetivos y el carácter fragmentario de los mismos salta inmediatamente a la vista. Sin embargo, constituyen una base de primera importancia para elaborar estudios más rigurosos en la medida en que dan cuenta de la heterogeneidad de orígenes, intereses, puntos de vista y trayectorias de sus protagonistas, y de los titubeantes primeros pasos del PCM en la vida política y social del país.

Uno de estos relatos fundacionales es *El movimiento comunista en México*, escrito por el primer secretario general del partido, el mexicano de origen estadounidense José Allen, en 1922, el cual fue presentado como informe por el propio Allen a la embajada norteamericana. En él se da cuenta de algunos antecedentes y del conjunto de fuer-

2.- Arnoldo Martínez Verdugo, *Historia del comunismo en México*, México, Grijalbo, 1985, p. 13.

zas que convocó y asistió al congreso en el que se fundó el Partido Nacional Socialista (PNS),^[3] del 25 de agosto al 4 de septiembre de 1919, y de la manera en la que se constituyó el núcleo que, a finales de noviembre de ese mismo año y de acuerdo con el representante de la IC, Mijail Borodin, adoptaría el nombre de Partido Comunista Mexicano^[4]. Dicho núcleo estaría formado por el propio Allen, el nacionalista indio Manabendra Nath Roy y su esposa, Evelyn Trent, y el socialista norteamericano Richard Francis Phillips.

Cada uno de ellos daría a conocer, aunque muchos años después, sus versiones sobre la fundación del partido y su propia participación en los acontecimientos posteriores. Manabendra Nath Roy en sus *Memoirs*, publicadas en 1964, y Richard Francis Phillips en una entrevista con Theodor Draper que apareció en los números 53 y 55 de la revista *Survey*, de octubre de 1964 y abril de 1965, respectivamente. Cabe señalar que Roy, Trent y Phillips saldrían del país en los primeros días de diciembre de 1919 para asistir al II Congreso de la Internacional Comunista, pero sólo el norteamericano volvió a México en enero de 1921. A partir de ese momento, mantendría una militancia activa en el PCM.

Junto con el relato de José Allen, la autobiografía del historiador José C. Valadés, *Memorias de un joven rebelde*, publicada en dos tomos en 1986, también aporta numerosa información en torno a las dificultades que tuvo que sortear la organización para

mantenerse activa durante sus primeros años. De sus intentos por integrar a destacados representantes del radicalismo revolucionario mexicano como Felipe Carrillo Puerto y Francisco J. Múgica, al ingreso de algunos militantes que luego jugarían un papel fundamental en el desarrollo del partido, como Manuel Díaz Ramírez; de la participación del suizo Edgar Woog —también conocido como Alfred Stirner— en la formación de la Federación de Jóvenes Comunistas (FJC), a la presencia en México de los representantes de la IC, Sen Katayama y Louis Fraina; de la confluencia de comunista y anarquistas en la Confederación General de Trabajadores (CGT) a principios de 1921, a su violenta ruptura en septiembre de ese mismo año y, de ahí, a la reorganización del partido y su articulación con los movimientos de inquilinos que sacudieron el puerto de Veracruz y el Distrito Federal en la primera mitad de 1922.

Esta riqueza testimonial, en su conjunto, forma parte de una historiografía militante que es imposible pasar por alto porque no se limita, en modo alguno, al ámbito de las fuentes de primera mano, sino que expresa la voz de una organización preocupada por escribir e interpretar su propia historia como una actividad inherente a su praxis política.

Hacia una historiografía más sistemática

Sobre los primeros años del PCM, también hay que llamar la atención hacia un artículo de Harry Bernstein, publicado en 1958 en la revista *Historia Mexicana*, el cual, de acuerdo con Paco Ignacio Taibo II, fue «dejado ahí como el material básico sobre la historia del comunismo en su primera etapa durante varios años» a pesar de sus nume-

3.- En este caso, la palabra «Nacional» no se refiere a un presupuesto ideológico, como en el nazismo, sino que tiene una connotación geográfica.

4.- José Allen, «El movimiento comunista en México», 1919-1922, RGASPI, fondo 495, reg. 108, exp. 25, ff 15-33. El documento está compilado en: Daniela Spenser, Rina Ortiz Peralta, *La Internacional Comunista en México: los primeros tropiezos. Documentos, 1919-1922*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2019, pp. 446-489.

rosos errores^[5]. En efecto, Bernstein menciona en su artículo algunos hechos «bien comprobados» entre los cuales se afirma, por ejemplo, que «es evidente que los líderes marxistas de la «camada internacional», esto es, los marxistas-leninistas, comenzaron ya en 1918 a entrenar a los marxistas mexicanos dentro de los principios y tácticas de agitación revolucionaria elaborados por los dirigentes germano-rusos»^[6]. Como se verá, estas afirmaciones serían corregidas posteriormente por investigaciones mejor documentadas. Por ahora basta decir que este texto de Bernstein forma parte de un cuerpo historiográfico más amplio, del cual hablaré a continuación.

A finales de los 50 y principios de los 60, algunos historiadores norteamericanos publicaron una serie de ensayos sobre el comunismo en México y América Latina con un marcado carácter antimarxista, abundantes imprecisiones a pesar de que algunos estaban mejor documentados que otros —sobre todo en fuentes del aparato de inteligencia de Estados Unidos— y en los cuales el PCM aparecía como un organismo subordinado y absolutamente dependiente de la Internacional Comunista. En un balance historiográfico sobre este conjunto de ensayos, Javier Mac Gregor Campuzano se refiere a los trabajos de Rollie E. Poppino, *International Communism in America Latina. A history of the Movement, 1917-1963* (1964), y de Karl Schmitt, *Communism in Mexico. A study in political frustration* (1965), como «la muestra más extrema, y por ello la más sintomática, de este grupo de historiadores y analistas políticos, pues ambos fueron *political officers* en el Departamento de Estado norteamericano, y manifiestan de manera

transparente la motivación política del escudriñamiento historiográfico»^[7].

La idea de que el PCM fue un organismo político que nació subordinado a la IC y que se mantuvo así en los años siguientes, sin independencia ni iniciativas propias, de ninguna manera fue una interpretación exclusiva de los historiadores estadounidenses de aquella época, sino que también la compartieron algunos investigadores mexicanos, entre ellos, Manuel Márquez Fuentes y Octavio Rodríguez Araujo. En su libro *El Partido Comunista Mexicano (en el periodo de la Internacional Comunista 1919-1943)*, además de incurrir en múltiples imprecisiones en el manejo de los datos y optar por una periodización con base en los periodos presidenciales del gobierno mexicano —y no en las etapas de la vida interna del partido— sostenían que, para los comunistas mexicanos, «el programa de la IC, que representaba una línea y una táctica a seguir por el movimiento comunista internacional, no fue más que un conjunto de consignas que, sin comprensión cabal y adaptación a las circunstancias nacionales, mal interpretaron y mal aplicaron mecánicamente»^[8]. Tendrían que pasar algunos años más para que la historiografía sobre los orígenes y el desarrollo del comunismo en México ganara en profundidad, extensión y riqueza temática y documental.

No deja de ser paradójico, sin embargo,

5.- Paco Ignacio Taibo II, *Los Bolsheviks. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925)*, México, Joaquín Mortiz, 1986, p.8.

6.- Harry Bernstein, «Marxismo en México: 1917-1925», *Historia mexicana*, 28 (1958), p. 500

7.- Javier Mac Gregor Campuzano, «Política, organización y movimiento: un balance historiográfico del PCM, 1919-1940», *Iztapalapa*, 43 (1998), p. 179. Además de Poppino y Smith, este grupo está formado por Robert Alexander, *Communism in Latin America* (1957). Charles Stephens, *Communism in Mexico, 1919-1940*, (1963). Ernest Halperin, *Communism in Mexico* (1963). Donald Louis Herman, *The Comintern and the Development of Communism in Mexico* (1964).

8.- Manuel Márquez Fuentes, Octavio Rodríguez Araujo, *El Partido Comunista Mexicano (en el periodo de la Internacional Comunista 1919-1943)*, México, Ediciones El Caballito, 1973, p. 88.

que este ascenso historiográfico tuviera lugar después de la disolución del PCM, en 1981. Una posible hipótesis para explicar este proceso tiene que tomar en consideración, de manera obligada, el contexto político de los años previos. A partir de la segunda mitad de los años 70, en pleno agotamiento del modelo político y acumulación capitalista promovidos desde los años 40 por el Estado mexicano, el movimiento obrero y diversas fuerzas políticas de izquierda, partidarias o no, intensificaron la lucha por demandas económicas y la democratización de la vida pública y de los sindicatos^[9].

Los resultados de aquellas luchas fueron muy diversos y hasta hoy están sujetos a la polémica teórica y política. A pesar de ello, se puede decir que el balance fue mucho más desfavorable para el movimiento sindical que para las organizaciones políticas de la clase trabajadora, entre ellas el PCM, en la medida que estas lograron impulsar una agenda propia dentro y fuera de los canales de la democracia formal. Aunado a esto, también se debe tomar en cuenta el largo camino que para ese momento ya había recorrido la profesionalización de la disciplina histórica en México y, hacia la década del 70, una presencia cada vez más grande de intelectuales de izquierda en las universidades más importantes del país. En este sentido, es posible sugerir como hipótesis que la agudización de la lucha de clases en aquellos años, por un lado, y un entorno intelectual relativamente crítico, por el otro lado, incentivaron la investigación histórica sobre la trayectoria que el movimiento obrero y la izquierda en México, obligando a hacer una revisión profunda de sus antecedentes más remotos.

9.– Para tener una visión panorámica sobre el periodo, véase el texto de Raúl Trejo Delarbre, *Crónica del sindicalismo en México (1976-1988)*, México, Siglo XXI-UNAM, 1990.

El historiador Barry Carr, en su libro *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, fue uno de los primeros en ofrecer una interpretación mucho más sistemática sobre el papel que habían jugado los trabajadores y las organizaciones obreras, tanto sindicales como políticas, en el desarrollo de la Revolución Mexicana y los primeros años del Estado posrevolucionario. El libro fue publicado por primera vez en la editorial SepSetentas, en 1976, y cinco años más tarde por la editorial ERA^[10]. La obra de Barry Carr sobre los orígenes y del PCM es abundante. En 1981 publicó «Los orígenes del Partido Comunista Mexicano» y, un año más tarde, «Temas de comunismo mexicano» —ambos en la revista *Nexos*— y «Marxism and anarchism in the formation of the Mexican Communist Party, 1910-1919», en 1983. En los años siguientes podemos encontrar una serie de artículos del mismo autor que fueron revisados y ampliados en su libro *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, y que no se refieren específicamente a los orígenes del partido, sino que abordan múltiples aspectos particulares de sus etapas posteriores^[11].

Cabe señalar que la primera versión de *La izquierda mexicana*, el cual sigue siendo una referencia obligada para todo aquel que busque acercarse a una historia general del comunismo en México, apareció en inglés en 1982 bajo el título *Marxism and Communism in Twentieth-Century Mexico*, mientras que la primera edición en español data de 1996. En este sentido, hay que llamar la atención hacia el cambio en el horizonte historiográfico en el que se ins-

10.– También vale la pena revisar el riguroso trabajo seminal escrito por Marjorie Ruth Clark, *La organización obrera en México*, el cual fue publicado por vez primera en inglés en 1934 y, traducido al español, hasta 1979 por la editorial ERA.

11.– Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, ERA, 1996, p. 12.

cribe la edición en español de la obra de Carr. Si, como señalaba anteriormente, la historiografía de los años 80 respondía a un momento de ascenso de la lucha sindical y de la izquierda que obligaba a indagar los antecedentes mediatos e inmediatos de esos procesos, es decir, a inscribirlos en una perspectiva histórica, aquella que se produjo o, en este caso, que se editó en los 90, tenía como punto de partida, por un lado, la caída de la Unión Soviética y la desintegración del bloque socialista, y por otro, la propia disolución del PCM y de los experimentos unitarios de la izquierda socialista en México en los años previos, así como la apabullante hegemonía del neoliberalismo. De ahí, una de las principales conclusiones de Carr, expresada por primera vez a finales de los 80, era que:

«[...] el mayor de los retos que se le plantea a la izquierda será construir el consenso para una nueva modernización que no dependa de la privatización, de la ciega aceptación del crecimiento impulsado por las exportaciones, el libre comercio como panacea ni los ataques a los niveles de vida de la clase trabajadora»^[12].

Tras la publicación de los primeros textos de Carr, la historiografía sobre el comunismo en México entró en un periodo de expansión apenas comparable al de nuestros días. Por un lado, Pablo González Casanova emprendió la titánica labor de coordinar una historia general del movimiento obrero mexicano cuyos 17 volúmenes fueron publicados a lo largo de los años 80 por la editorial Siglo XXI. El volumen 6, escrito por el propio González Casanova y que lleva por título *En el primer gobierno constitucional (1917-1920)*, apareció en 1981. Una de las preocupaciones centrales del texto

de Casanova es el análisis las coordenadas ideológicas, los proyectos y la dinámica política en la que se desarrollaron las relaciones entre la élite gobernante y las distintas fuerzas dentro del movimiento obrero durante la convulsa formación del Estado posrevolucionario. Es ahí donde Casanova inscribe y dota de sentido la formación del PCM y sus primeros pasos, haciendo una de las contribuciones más importantes a la historiografía

Por otro lado, Paco Ignacio Taibo II y Rogelio Vizcaino dieron a conocer en coautoría *Memoria roja. Luchas sindicales de los años 20* en 1984 y, dos años después, el primero publicaría en solitario *Bolshivikis. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925)*. Narrada con agilidad, sustentada en una copiosa recopilación de fuentes primarias de todo tipo, concentrada en hacer una reconstrucción minuciosa de los hechos que definieron la vida interna del partido —y de las trayectorias de los múltiples militantes nacionales y extranjeros que participaron en diversos momentos en las filas del PCM— la historia de Taibo II, sin embargo, no profundiza demasiado en las condiciones políticas y sociales que subyacían en la lógica partidaria. En las propias palabras del autor, «la mayor parte de este libro es un intento por reconstruir lo que pasó, y poco espacio queda para contar por qué pasó»^[13].

Casi al mismo tiempo que el libro de Taibo II, el ya exsecretario general del PCM, Arnoldo Martínez Verdugo, editaría su *Historia del comunismo en México*, una obra colectiva escrita en su totalidad por exmilitantes del PCM. Cada capítulo corresponde a una etapa del partido, desde su fundación hasta el momento de su disolución. Más que una «historia oficial», esta compilación de textos refleja el sentido polémico y rei-

12.- *Ibid.*, p. 324.

13.- P. I. Taibo II, *Los Bolshivikis*, p. 9.

vindicativo que caracteriza, de forma ineludible, a la historiografía militante. Esto ocurre, sobre todo, en los capítulos que abordan el proceso de renovación de las estructuras del PCM a partir de 1956 y las etapas subsecuentes hasta principios de los ochenta. Esto no quiere decir, sin embargo, que estos textos carezcan de valor historiográfico. Por el contrario. Como veremos más adelante, a medida que la historiografía se ocupa de periodos más recientes tiende a ser más diversa, especializada y, en ella, el PCM pierde primacía, de tal modo que estas aportaciones resultan fundamentales para construir una base sólida sobre la cual construir investigaciones más complejas e integrales.

Una historiografía transnacionalizada

A diferencia de la década anterior, los años noventa en México no se distinguieron por la abundancia de estudios sobre el movimiento obrero, el comunismo y las izquierdas. A pesar de ello, los trabajadores siguieron ocupando un lugar privilegiado como objeto de estudio, especialmente para la historia social. Sin embargo, la posibilidad de acceder a nuevas fuentes, en particular a los archivos del Partido Comunista de la Unión Soviética y de la IC, impulsó una reactivación de los debates y la producción historiográfica sobre la trayectoria nacional e internacional de los partidos comunistas en todo el mundo, a través de los cuales muchos historiadores e historiadoras buscaron ajustar cuentas tanto con las interpretaciones hechas a través del tamiz ideológico de la Guerra Fría, como con el «revisionismo» de los años 80, ya no digamos con las investigaciones soviéticas^[14]. En este sentido, el reto consistía en

encontrar los puntos de intersección entre lo nacional y lo internacional en la trayectoria de los partidos comunistas.

La investigación de Daniela Spenser, *El triángulo imposible. México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte*, publicada en 1998, representó un ambicioso esfuerzo inscrito en esta nueva perspectiva historiográfica de corte transnacional para el estudio del comunismo en México. A la información disponible en fuentes mexicanas, norteamericanas y europeas para indagar en la historia diplomática de las no muy tersas relaciones entre el Estado pos-revolucionario mexicano y los Estados Unidos, ahora se sumaban múltiples hallazgos hechos a partir de los documentos soviéticos. En este sentido, Spenser logró ampliar la mirada sobre la manera en que la Revolución Mexicana y la bolchevique habían llegado a encontrarse y desencontrarse, el papel que jugaron el PCM y la IC en dicho proceso, los cambios en los imaginarios que el gobierno norteamericano y la URSS habían construido sobre México y de sus posiciones en relación con los presidentes Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

Unos años después, en 2006, Daniela Spenser y Rina Ortiz dieron a conocer una compilación de documentos de la IC sobre México para el periodo que va de 1919 a 1922. La inmensa mayoría pertenece al Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (RGASPI, por sus siglas en inglés) y unos cuantos se encuentran en los Archivos Nacionales de Estados Unidos^[15]. Con base en estas y otras fuentes internacionales,

(2001), pp. 142-143.

15.- El lector interesado puede acceder de a una edición digital de Daniela Spenser, Rina Ortiz Peralta, *La Internacional Comunista en México: los primeros tropiezos. Documentos, 1919-1922*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2019, (disponible en: https://inehrm.gob.mx/recursos/Libros/La_internacional_comunista.pdf)

14.- Daniela Spenser, «La historia de la Internacional Comunista a la luz de los nuevos enfoques y documentos», *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 181

Spenser profundizó la investigación sobre la presencia y las actividades de los representantes de la IC en México en su libro *Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México*. Los protagonistas de esta historia son los militantes extranjeros, tanto aquellos que fundaron el partido —M. N. Roy y Francis Phillips, entre otros— como los representantes de la IC que buscaron dotarlo de características más parecidas a las de una organización bolchevique —Katayama y Fraina. El juicio de Spenser sobre los cálculos políticos de estos últimos es contundente: se equivocaron al suponer que el proyecto de la Revolución de Octubre podía ser exportado a un país como México, con una tradición revolucionaria propia. «Este proyecto partía de la firme idea de que la clase obrera personificaba un segmento de la población con la capacidad de encabezar el resto de la sociedad trabajadora en el partido comunista como su vanguardia. México posrevolucionario no cabía en esta fórmula»^[16].

Otras investigaciones han ampliado aún más el estudio sobre diversos aspectos particulares del comunismo mexicano en la década de los 20. Verónica Oikión Solano, por ejemplo, ha puesto énfasis en el análisis de la política regional como una dimensión específica del encuentro entre la Revolución Mexicana y la de Octubre durante esos años, aunque persiste la idea de que los comunistas mexicanos seguían dogmáticamente las orientaciones de la IC^[17]. En fechas más recientes, Rina Ortiz Peralta y Enrique Arriola Woog dieron a conocer un

interesante estudio sobre el papel de Alfred Stirner en las relaciones entre el PCM y la IC^[18]. Por otra parte, Javier Mac Gregor Campuzano ha estudiado las contribuciones del fundador del Partido Comunista de Estados Unidos (PCEU), Bertram D. Wolfe, en la formación teórica y política de los comunistas mexicanos entre 1922 y 1925, así como su participación en la dirección del PCM.^[19] Del mismo modo, los estudios sobre el mítico periódico *El Machete*, fundado en 1923, son relativamente abundantes^[20].

Uno de los aspectos más ricos y complejos en la historia del PCM es el impulso que este imprimió a las organizaciones campesinas en varios estados del país en la década de los 20. La conformación de la base agraria del partido se da en un contexto oscila entre la exigencia del reparto y la restitución de tierras —demanda que estaba en el corazón mismo de la Revolución Mexicana—, la persistencia del latifundismo y el predominio de los viejos y los nuevos terratenientes. Desentrañar la diversidad de sujetos que intervienen en este proceso y la heterogeneidad de fuerzas que se enfrentan en situaciones sociales y políticas locales que, a su vez, varían considerablemente

18.– Rina Ortiz Peralta, Enrique Arriola Woog, «Stirner y México», en Caridad Masson, ed., *Las Izquierdas Latinoamericanas. Multiplicidad y Experiencias durante el siglo XX*, Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2017, pp. 343-362.

19.– Javier Mac Gregor Campuzano, «Bertram D. Wolfe: política y pedagogía comunistas en los años veinte», *Sociológica*, 101 (2020), pp. 113-138.

20.– John Lear, «La revolución en blanco, negro y rojo: arte, política y obreros en los inicios del periódico *El Machete*», *Signos Históricos*, 18 (2007), pp. 108-147. Del mismo autor, también hay que mencionar su libro *Imaginar el proletariado. Artistas y trabajadores en el México revolucionario, 1908-1940*, México, Grano de Sal-SME, 2019, en especial el capítulo III, dedicado a *El Machete*. Robert Herr, «'El machete sirve para cortar la caña': Obras literarias y revolucionarias en 'El Machete' (1924-1929)», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 66 (2007), pp. 133-152. Fabio Sousa, «*El Machete*: prensa obrera y comunismo en México», *Fuentes Humanísticas*, 49 (2014), pp. 171-180.

16.– Daniela Spenser, *Los primeros tropiezos de la internacional comunista en México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2009, p. 241.

17.– Verónica Oikión Solano, «De la Revolución mexicana a la Revolución mundial. Actores políticos michoacanos y la internacional comunista en México», *Signos Históricos*, 21 (2009), pp. 60-103.



Comunistas en un mitin en Ciudad de México, ca. 1935 (Foto: Casasola, fuente: Instituto Nacional de Antropología e Historia, México).

entre sí, representa un verdadero reto para el historiador interesado en la relación entre el comunismo y el campo mexicano.

Dos de los trabajos más recientes, que ilustran de manera clara la multiplicidad de referentes ideológicos, formas de lucha y experiencias de organización, de lo internacional a lo local, que de una u otra manera convergieron en la experiencia del partido comunista en el campo mexicano, son los libros de Irving Reynoso Jaime *Machetes rojos: el Partido comunista de México y el agrarismo radical (1919-1929)* y *El agrarismo radical en México: una biografía política de Úrsulo Galván, Primo Tapia y José Guadalupe Rodríguez*. Ambos textos son complementarios. El primero, sin embargo, profundiza más en la articulación de la política de la IC con el desarrollo del progra-

ma agrario de su sección mexicana, sitúa el problema campesino en el horizonte teórico trazado por Marx y Lenin y esboza, en términos generales, una relación de diálogo e intercambio activo entre la Revolución de Octubre y la trayectoria del «agrarismo radical» de los comunistas mexicanos^[21].

Por otra parte, a través de la reconstrucción de la trayectoria de Galván, Tapia y Rodríguez, da cuenta de las condiciones sociales y políticas en las que estos actuaron en Veracruz, Michoacán y Durango, respectivamente. El autor también explora la manera en que cada uno de estos líderes agra-

21.- Además de *Machetes rojos*, también véase: Víctor L. Jeifets, Irving Reynoso Jaime, «Del Frente Único a clase contra clase: comunistas y agraristas en el México pos-revolucionario, 1919-1930», *Revista Izquierdas*, 19 (2014), pp. 15-40.

ristas se relacionó con el PCM y, al mismo tiempo, sus vínculos con el ala más avanzada de los revolucionarios mexicanos. Asimismo, logra desentramar la confluencia de intereses que, en medio de la construcción del Estado posrevolucionario, dio pie a la formación de las Ligas de Comunidades Agrarias y de la Liga Nacional Campesina (LNC) —organizaciones que sostuvieron un programa agrario independiente y esencialmente distinto al agrarismo oficial— y el desarrollo de las contradicciones entre estas organizaciones y el PCM que terminarían en una violenta ruptura en 1929.

Por otra parte, Víctor Jelifets y Andrey Schelchikov compilaron una parte de los documentos de la IC sobre América Latina en *La Internacional Comunista en América Latina en documentos del archivo de Moscú*. Además de esta extensa compilación, que ofrece a los historiadores de habla hispana la posibilidad de acceder a numerosas fuentes internacionales de primera mano, Víctor y Lazar Jelifets publicaron un voluminoso diccionario biográfico de los comunistas latinoamericanos y los representantes de la IC en el continente. Esta obra es una aportación sumamente valiosa para ubicar, en términos generales, la trayectoria de numerosos militantes internacionalistas en la densa espesura de las estructuras, cargos y seudónimos que rodeaba al comunismo latinoamericano de la época^[22].

Víctor y Lazar Jelifets también han hecho varias contribuciones historiográficas sobre la vida interna del PCM en la segunda mitad de la década de los veinte. La base documental de sus investigaciones se encuentra, desde luego, en los archivos rusos, por lo que la mayor parte de los acontecimientos se inscribe no tanto en el terreno de la historia nacional, como en el funcionamiento

de las estructuras y los canales de información entre la IC y sus secciones nacionales. Así, por ejemplo, en «La alianza que terminó en ruptura: el PCM en la década de los 20», hacen un estudio de las contradicciones que existían al interior del PCM entre los dirigentes del partido y los agraristas veracruzanos hasta el momento de la ruptura y la expulsión de estos últimos, en 1929. Sin embargo, en el proceso de construcción de la política campesina del partido, Alfred Stirner aparece como el protagonista de los acontecimientos. De hecho, de acuerdo con Víctor y Lazar Jelifets, el logro que significó la organización de la Liga Nacional Campesina en 1926, «se debió al esfuerzo de Stirner; tras su informe, los dirigentes de la Kresintern acordaron elaborar la convocatoria de la LNC de manera urgente»^[23]. Un enfoque similar se utiliza para estudiar la ruptura de las relaciones entre el general nicaragüense Augusto César Sandino, la IC y los comunistas mexicanos, y otro tanto ocurre al analizar la presencia de los delegados latinoamericanos en la URSS con motivo del X Aniversario de la Revolución de Octubre, en 1927, y la celebración, en ese contexto, de la primera Conferencia Sindical Latinoamericana^[24].

Un primer vacío

Como se puede ver, las investigaciones sobre los primeros diez años del Partido Comunista Mexicano son, hasta cierto punto,

22.– Lazar Jelifets, Víctor Jelifets, *América Latina en la Internacional Comunista (1919-1943). Diccionario biográfico*, 3a ed., Ariadna Ediciones, CLACSO, Buenos Aires, 2017.

23.– Víctor Jelifets, Lazar Jelifets, «La alianza que terminó en ruptura: el PCM en la década de los 20», en Carlos Illades, coord., *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018 (ePub).

24.– Véase: Víctor Jelifets, Lazar Jelifets, «La Comintern, el PCM y el 'caso Sandino': historia de una alianza fracasada, 1927-1930», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 2 (2017), pp. 63-86. Víctor Jelifets, Lazar Jelifets, «Los latinoamericanos en la Celebración del X Aniversario de la Revolución Rusa y la preparación del Congreso Sindical Latinoamericano», *Izquierdas*, 48 (2019), pp. 64-86.

abundantes. Sin embargo, el periodo que va de 1929 a 1935 —años en los que el PCM fue obligado a actuar en la clandestinidad y en los que el movimiento obrero su conjunto atravesó una etapa de reestructuración— ha sido menos estudiado, lo cual deja un vacío historiográfico importante.

La tendencia general es caracterizar la política del PCM en la primera mitad de la década de los 30 como «ultraizquierdista» y localizar el origen dicha política en las resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista, por un lado, y en las resoluciones de una reunión plenaria del comité central del PCM de julio de 1929, por otro^[25]. En «El comunismo mexicano en 1929: el 'giro a la izquierda' en la crisis de la revolución», Horacio Crespo ha hecho un análisis de las resoluciones del Pleno del Comité Central a la luz del contexto político, la situación interna del partido en ese momento y, desde luego, las orientaciones de la IC.

En el Pleno de julio de 1929 se revisó la línea que había seguido el partido en sus primeros diez años de existencia, en especial dentro de las organizaciones campesinas, desde una perspectiva sumamente radicalizada. Además de esta revisión histórica del partido, el Pleno significó un cambio importante en la concepción del PCM sobre el desarrollo y los alcances de la Revolución Mexicana. Desde la nueva óptica, la pequeña burguesía que había asumido la dirección del proceso revolucionario era incapaz de llevarlo hasta sus últimas consecuencias y había claudicado ante el imperialismo y los reaccionarios. Era necesario, por lo tanto, que el proletariado actuara con absoluta independencia política y luchara de manera frontal contra las clases dominantes. Crespo considera que es muy pro-

bable que Mijail Griegorovievich Grollman, *Pedro*, haya jugado un papel importante en la definición de la nueva línea política del partido, aunque el proceso de radicalización tiene sus propias raíces nacionales y es de más largo aliento^[26]. Lo cierto es que el Pleno inauguró, formalmente, una etapa de lucha abierta contra los gobiernos del periodo conocido como el Maximato, término que hace referencia a que el poder real recaía en el jefe máximo de la revolución, Plutarco Elías Calles, y no en el presidente de la república.

La historiografía también ha prestado poca atención a la central obrera del PCM, la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM). Ésta fue fundada en enero de 1929 y, en los años siguientes, mantuvo una intensa actividad. Como señalan Javier Mac Gregor y Carlos Sánchez Silva: «La CSUM siguió una política que varió conforme las circunstancias internas y los dictados externos lo determinaron. La consideración de uno solo de estos aspectos haría el análisis parcial y sesgado, incompleto.»^[27]

El trabajo de Esther Martina Vázquez «Acciones Comunistas: 1929-1935», a pesar de su brevedad logra dar cuenta de la importancia de esta confederación, cuyos militantes encabezaron varias huelgas de obreros y trabajadores agrícolas en diversos estados del país, en medio de una represión furiosa, que dejó decenas de comunistas muertos, heridos y encarcelados. La CSUM, mantuvo una posición intransigente basada en cuatro grandes ejes de acción: tratar de encabezar huelgas donde tenía alguna

25.- Carr, *La izquierda mexicana*, pp. 56-59. También véase el capítulo III de la *Historia del comunismo en México*, «Los años de clandestinidad», escrito por Gerardo Pelaez Ramos.

26.- Horacio Crespo, «El comunismo mexicano en 1929: el 'giro a la izquierda' en la crisis de la revolución», en Elvira Concheiro, Massimo Modonessi, Horacio Crespo, coords., *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México UNAM, CIICH, 2007, pp. 571-586.

27.- Mac Gregor, «'Por una solución revolucionaria de la crisis': la Confederación Sindical Unitaria de México, 1929-1934», *Iztapalapa*, 43 (1998) pp. 141-142

presencia —especialmente en el Distrito Federal, Veracruz y Monterrey— mantener la confrontación con los sindicatos oficialistas, intentar promover la organización de sindicatos de industria y organizar a los trabajadores desocupados^[28].

La misma autora había estudiado unos años atrás el desarrollo de la CSUM y de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM) en sus tesis de licenciatura «Tradición sindical y dinámica intergeneracional, una relectura del movimiento obrero: la CGOCM y la CSUM, 1932-1935», la cual ofrece un amplio panorama sobre las organizaciones obreras mexicanas durante la primera mitad de los años 30. Asimismo, debemos destacar el libro de Manuel Reyna Muñoz, *La CROM y la CSUM en la industria textil: 1928-1932*, de 1988, aunque se trata de un texto más concentrado en el estudio de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) que en la CSUM.

Fuera del ámbito académico y desde una perspectiva militante, hay que recuperar el ensayo de Miguel Ángel Velasco «Los comunistas y la Confederación Sindical Unitaria de México», de 1986, así como las autobiografías *La vida de un comunista* y *Mi testimonio*, del propio Miguel Ángel Velasco y de Valentín Campa, respectivamente. Estas últimas abarcan un periodo mucho más largo y, desde luego, deben ser cotejadas con otras fuentes, pero son de especial interés tanto por la información que se encuentra en ellas como por la evaluación que ambos dirigentes hacen de la vida interna y la política sindical del PCM en la década de los 30.

Otro dirigente que ocupó un lugar importante en la historiografía sobre el comunismo y el movimiento obrero en Méxi-

co y América Latina a partir de los años 30 fue Vicente Lombardo Toledano. La mayor parte de los estudios sobre Lombardo han sido biográficos y, hasta el día de hoy, su trayectoria política es motivo de polémica. Durante muchos años, *Lombardismo y sindicatos en América Latina*, de Lourdes Quintanilla Obregón, fue la investigación más crítica y rigurosa sobre el papel político internacional de Vicente Lombardo Toledano, la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), desde la fundación la central mexicana en 1936 hasta finales de la década de los 40.

En épocas más recientes, a partir de la investigación para su tesis doctoral, Patricio Herrera González ha publicado una larga serie de artículos y capítulos en torno a la historiografía sobre la CTAL, los antecedentes y la fundación de dicha organización en 1938, y sus contribuciones al desarrollo del sindicalismo latinoamericano en sus primeros años.^[29] Por otra parte, hace tres años Daniela Spenser publicó *En combate. La vida de Vicente Lombardo Toledano*, obra que puede ser caracterizada como una biografía política transnacional del dirigente mexicano, en la que destaca la reconstrucción de la densa red de acontecimientos, intereses y relaciones, a nivel nacional e

28.- Esther Martina Vázquez Ramírez, «Acciones Comunistas: 1929-1935», en Concheiro, Elvira, Massimo Modonesi, Horacio Crespo, coords., *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, UNAM, CIICH, México, 2007, pp. 587 y 596-600.

29.- La tesis de Patricio Herrera González, «'En favor de una patria de los trabajadores'. La Confederación de Trabajadores de América Latina y su lucha por la emancipación del continente, 1938-1953», fue defendida en 2013 en El Colegio de Michoacán. Entre los textos que se desprenden de la tesis podemos recuperar como muestra «La Confederación de Trabajadores de América Latina: una historia por (re)significar (1938-1963), *Secuencia*, 86 (2013), pp. 195-218. «Vicente Lombardo Toledano y la unidad obrera continental: colaboraciones y conflictos del PCM y la Profintern, 1927-1938», en Carlos Illades, coord., *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018 (ePub). «Desplazando a las 'fuerzas retardatarias'. La Confederación de Trabajadores de América Latina y sus primeras acciones sindicales en Cuba, 1938-1939.» *Historia*, 50 (2017), pp. 105-120.

internacional, que definieron las diferentes etapas de la vida política y personal de Lombardo. Cabe señalar que uno de los rasgos que caracteriza las investigaciones de ambos autores es que se sustentan en una copiosa documentación resguardada en el Fondo Histórico «Vicente Lombardo Toldano» de la Universidad Obrera de México, acervo al que no pudieron acceder otros historiadores antes que ellos.

El cardenismo

Uno de los muchos aspectos importantes del periodo es la postulación del secretario general del PCM, Hernán Laborde, en la campaña presidencial de 1934. Esta sería la segunda ocasión que el partido comunista participaba electoralmente. La primera había sido en 1929, con Pedro Rodríguez Triana como candidato del Bloque Obrero y Campesino (BOC), brazo electoral del PCM. A través del órgano del BOC, *Bandera Roja*, Javier Mac Gregor Campuzano, ha hecho un análisis de la plataforma electoral del Bloque y de los distintos temas abordados en el periódico, entre ellos, por ejemplo, la posición de los comunistas frente a otras fuerzas políticas que participaban en la contienda. Un estudio amplio sobre las iniciativas electorales del PCM es una asignatura pendiente para la historiografía. De acuerdo con Mac Gregor:

«Conforme se avanza en el conocimiento de algunas fuentes, se da cuenta de la importancia que el trabajo político-electoral significaba para esos militantes, principalmente en una época de trabajo básicamente clandestino, como uno de los mecanismos más potentes para comunicarse con los sectores a los que querían representar»^[30].

30.- Javier Mac Gregor Campuzano, «Bandera Roja: órgano comunista de información político-electoral, 1934», *Signos Históricos*, 9 (2003), p. 121. Para un recuento sucinto

Por otra parte, las relaciones entre el presidente Lázaro Cárdenas y el partido comunista durante la segunda mitad de la década de los 30, han recibido mayor atención historiográfica que el periodo previo. Se trata, en rasgos generales, de una etapa en la que el partido pudo participar abiertamente en los sindicatos y en la vida política del país, ampliando su influencia y su membrecía. La posición del PCM frente al gobierno del general Cárdenas, sin embargo, no siempre fue la misma y las relaciones entre ambos no estuvieron libres de contradicciones. Esto fue bien estudiado a principios de los años 70 por Lyle C. Brown en «Los comunistas y el régimen de Cárdenas» y, posteriormente, en trabajos mucho más extensos, por Alicia Hernández Chávez en *La lógica cardenista*, y por Samuel León e Ignacio Marván en el volumen 10 de la «La clase obrera en la historia de México» coordinada por Pablo González Casanova, *En el cardenismo (1934-1940)*.

Cabe señalar que la primera revaloración histórica en torno a la actitud que había asumido el PCM a partir del «Pleno» de julio de 1929 fue elaborada en 1935 por Hernán Laborde, secretario general del partido; Miguel Ángel Velasco, secretario general de la CSUM; y el joven José Revueltas, en un documento titulado «La nueva política del Partido Comunista Mexicano». Dicho documento, además de ser una revisión histórica de la trayectoria del PCM durante la primera mitad de los años 30, también marcó un cambio de rumbo y una nueva política de la organización frente al régimen, ahora de apoyo al gobierno del general Lázaro Cárdenas.

Alejandro Arturo Jiménez, ha estudiado la manera en la que, a la par de todos estos

del PCM en el terreno electoral véase: Gerardo Peláez Ramos, «Partido Comunista Mexicano: su historia electoral», sin fecha, https://www.lahaine.org/b2-img11/pelaez_elect.pdf (consultado: 7 de febrero de 2021)

cambios, el PCM también fue construyendo una versión propia de la historia de México en la cual se pueden destacar rasgos nacionalistas y antiimperialistas. Esta revisión de la historia nacional, a pesar de todas sus limitaciones, pretendía estar anclada en el materialismo histórico y tomaba como punto de partida la caracterización, hecha por la IC, de América Latina como una región semicolonial. De modo tal que, en términos prácticos, la tarea de los comunistas mexicanos consistía en llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución democrático burguesa que estaba en marcha desde 1910.

La labor intelectual del PCM durante la segunda mitad de los años 30 no quedó ahí. Estudios recientes, como los de John Lear y Sebastián Rivera Mir, han puesto el acento en la vinculación del partido con un amplio y combativo grupo de artistas intelectuales agrupados en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), y en la labor de difusión del pensamiento marxista —no necesariamente de los clásicos del marxismo— que emprendió el PCM a través de la Editorial Popular.

Lear, quien hace una revisión de la trayectoria de la Liga desde su fundación, en 1934, hasta su disolución, en 1938, da cuenta de los debates que atravesaban la labor intelectual y artística de sus integrantes —entre ellos, por ejemplo, el papel del arte en la sociedad—, su peculiar interpretación sobre el frente popular, la manera en que su obra expresaba su vinculación con las organizaciones obreras y de su marcado carácter antifascista. Asimismo, ubica de manera precisa las tensiones y contradicciones que se desarrollaron al interior de la Liga, y que la llevarían a disolverse en 1938, a través de sus relaciones el gobierno, el PCM y la CTM^[31].

31.– John Lear, «La Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios: de la disidencia al frente popular», en Carlos Illades, coord., *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018 (ePub).

Por su parte, Sebastián Rivera Mir, en su ensayo sobre la Editorial Popular, inscribe el desarrollo de las publicaciones del PCM en el marco más amplio de la historia editorial del país la segunda mitad de los años 30, en la dinámica de las editoriales comunistas a nivel internacional y, al mismo tiempo en la adopción de la política de «unidad a toda costa», la cual, como se verá en los párrafos siguientes, significó un cambio importante en la línea del partido frente al movimiento sindical. De acuerdo con Rivera Mir:

«[...] el PCM esperaba avanzar en el mediano plazo hacia la revolución y por el momento detener el ascenso del fascismo. Éstas fueron las coordenadas que motivaron a la directiva comunista a impulsar el surgimiento de la Editorial Popular. Se necesitaba un nuevo organismo de divulgación para enfrentar los nuevos requerimientos partidistas»^[32].

Para comprender los cambios de posición, las lecturas y relecturas del PCM, así como sus iniciativas políticas y culturales durante estos años, es importante no perder de vista el contexto nacional. Apoyado por un amplio movimiento de masas obreras y campesinas, el general Cárdenas logró marcar una diferencia cualitativa con sus antecesores por la extensión y profundidad del programa de reformas económicas y sociales que impulsó en sus primeros años de gobierno y, debemos señalarlo, sentó las bases para el desarrollo capitalista del país en las décadas siguientes. Los militantes del PCM jugaron un papel muy importante para darle forma orgánica al movimiento obrero y campesino que respaldó al go-

32.– Sebastián Rivera Mir, «Editorial Popular y la unidad a bajo costo: libros y folletos comunistas en el México cardenista», en Carlos Illades, coord., *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018 (ePub).



Asamblea del Partido Comunista de México, Ciudad de México, ca. 1944 (Foto: Casasola, fuente: Instituto Nacional de Antropología e Historia, México).

bierno del general Cárdenas, impulsando la construcción de amplias organizaciones de masas —de manera particular a la Confederación de Trabajadores de México— que posteriormente terminarían incorporadas a la estructura del Partido de la Revolución Mexicana (PRM).

En este sentido, uno de los temas más controvertidos en términos historiográficos ha sido la participación de los militantes del partido comunista en la CTM y sus conflictos con el primer secretario general de esta última, Vicente Lombardo Toledano. A grandes rasgos, se pueden identificar tres grandes momentos. El primero es el de los antecedentes, en especial la constitución del Comité Nacional de Defensa Proletaria (CNDP), en junio de 1935, en medio de un agudo conflicto entre Calles y

el general Cárdenas a causa del ascenso del movimiento obrero. El segundo es el de la fundación de la CTM, en febrero de 1936, durante la consolidación política del cardenismo. El tercero tiene lugar en el IV Consejo Nacional de la CTM, a finales de abril de 1937, en el que la confrontación entre lombardistas y comunistas dividió en dos partes a la confederación, y que terminó por resolverse mediante la adopción de la política de «unidad a toda costa» en el terreno sindical por parte del PCM.

Sobre estos momentos se encuentran dos enfoques historiográficos, uno pone el centro de la discusión en los factores de orden nacional y el curso del propio movimiento obrero, y está formado por los trabajos de Samuel León «El comité nacional de defensa proletaria», sobre el primer momento;

«Vicente Lombardo Toledano y la fundación de la CTM» sobre el segundo, y, para una visión de conjunto sobre los tres momentos, el ya mencionado *En el cardenismo*. El otro enfoque busca darle preponderancia a los elementos de orden internacional y en él destacan, por un lado, los trabajos de Daniela Spenser «La cimentación de la Confederación de Trabajadores de México» y *En combate*, en los que el representante de la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA), Witold Antonovich Lovsky, junto con los dirigentes de la IC, de la Internacional Sindical Roja (ISR) y del Partido Comunista de Estados Unidos (PCEU) juegan un papel clave en las decisiones y las posiciones adoptadas en los tres momentos por Lombardo Toledano y los comunistas mexicanos; por otro lado, están los trabajos de Patricio Herrera González, ya mencionados, en los cuales Lombardo aparece como una figura con una perspectiva estratégica internacional sobre el movimiento obrero que le permitía moverse con soltura e independencia entre la IC, el PCM y el propio régimen.

A pesar de que el tema ha sido estudiado ampliamente y desde varios enfoques, aún hace falta avanzar en una comprensión más integral de estos momentos. En este sentido, no sólo es indispensable equilibrar la perspectiva nacional e internacional en términos historiográficos, sino que además es necesario trasladar el foco de atención *hacia abajo*, es decir, hacia los trabajadores que formaban parte de la CTM y el PCM. Con todo, hay hechos innegables. Quizá el más importante para la trayectoria posterior del partido es que, al adoptar la política de «unidad a toda costa» con el objetivo de mantener la cohesión de la Confederación de Trabajadores de México, dejó la dirección de la CTM en manos de la tendencia más conservadora y, al mismo tiempo, rompió sus vínculos con el movimiento obrero y

sindical, vínculos que ya no podría reconstruir en los siguientes años de su existencia.

Los años 40 y 50

Los años 40 constituyen una especie de dique temporal para la historiografía sobre el comunismo en México. La gran mayoría de los estudios fija su atención en los primeros veinte años de vida del PCM. La etapa de la II Guerra Mundial y los primeros años de la Guerra Fría han sido menos estudiados en comparación con los periodos anteriores, a pesar de su importancia para construir una visión de conjunto sobre comunismo mexicano.

La primera mitad de los años 40

En esta etapa hay una reconfiguración profunda en la izquierda y también cambia el proyecto político del régimen, el cual adquiere un matiz mucho más conservador. El impulso reformista de los primeros años del cardenismo alcanzaría su punto más alto con la expropiación petrolera en marzo 1938 y, a partir de ahí, las reformas no volverán a ser tan extensas ni tan profundas. Los gobiernos posteriores se avocaron a fortalecer el desarrollo capitalista del país con base en la industrialización por sustitución de importaciones, ejercer un mayor control sobre las organizaciones obreras y campesinas, fomentar cada vez mejores relaciones con el gobierno norteamericano y mantener a raya a la izquierda política y sindical.

En la historiografía que se ocupa del PCM a finales de los 30 y principios de los cuarenta, el asesinato de Lev Davidovich Bronstein ocupa un lugar importante. Desde principios de los años noventa, Olivia Gall se ha ocupado de estudiar a fondo la estancia del exdirigente soviético en México, así como la trama y las circunstancias

políticas que rodearon su asesinato^[33]. Relacionado con este tema otro que, por a su importancia, debería merecer mayor atención historiográfica, es el congreso extraordinario del PCM de 1940, en el cual Hernán Laborde y Valentín Campa, quienes habían dirigido la organización desde 1929, fueron expulsados del partido. El puesto de secretario general sería ocupado por Dionisio Encina, un destacado dirigente agrario de la rica región algodонера del noroeste del país conocida como La Laguna. Este proceso, el cual abrió una nueva etapa en la historia de la organización que se extendería durante las dos décadas siguientes 20 años, ha sido estudiado a detalle por Barry Carr^[34].

El consenso historiográfico sostiene que las expulsiones de Laborde y Campa obedecieron a la intervención directa de la Internacional Comunista en la vida interna del PCM y a la negativa de ambos dirigentes para colaborar con el asesinato de Lev Davidovich Bronstein. El desarrollo de las distintas tendencias al interior del PCM en los años 30, por otra parte, es un asunto que permanece más o menos desconocido, de no ser por las aportaciones de Carr sobre los orígenes campesinos de la base que respaldaba a Dionisio Encina.

En el PCM, tras el congreso extraordinario de 1940, seguiría una nueva oleada de expulsiones y escisiones en 1943, de manera tal que la izquierda comunista quedará

dispersa en los años siguientes en tres bloques. Por un lado, el PCM dirigido por Dionisio Encina, con fuerte presencia entre los ejidatarios de La Laguna; por otro, Hernán Laborde y Valentín Campa, con una presencia importante en el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM) y, por último, comunistas recientemente expulsados del partido como José Revueltas o Enrique Ramírez y Ramírez, que terminarán aliados con Vicente Lombardo Toledano.

En la primera mitad de los 40, en pleno desarrollo de la II Guerra Mundial, el PCM no sólo mantuvo su política de «unidad a toda costa» adoptada en 1937 para tratar de conservar cierta presencia en el movimiento obrero y sindical —sobre todo en la CTM—, sino que también hizo suya la política de paz industrial y conciliación entre clases impulsada desde el propio régimen bajo el lema de la «Unidad Nacional». La lucha contra la reacción y el nazi-fascismo articulada como un todo a la defensa de la Revolución Mexicana y la Unión Soviética, respectivamente, también formaron parte de este contexto ideológico peculiar en el que las fuerzas de izquierda atravesarían un periodo de múltiples reacomodos, de nuevas fracturas y alianzas que, en general, dan cuenta de una crisis profunda en sus filas.

Javier Mac Gregor Campuzano ha estudiado el grado de independencia que pudo tener el PCM en la definición de su línea política e ideológica durante la década del 40, tomando en consideración tres influencias. La primera, de orden internacional, formada por la IC, Earl Browder y la Unión Soviética; la segunda, de tipo nacional, dictada por las relaciones entre el PCM y Lombardo Toledano, y la tercera por las relaciones entre el partido y el Estado. El balance no es muy positivo, desde la perspectiva de Mac Gregor, el partido fue incapaz de «des-

33.- Véase: Olivia Gall, *Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas, 1937-1940*, México, Ediciones ERA, 1991. La segunda edición, con prólogo de Leonardo Padura, fue publicada en 2012 por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM y la editorial Ítaca. Véase también el artículo de Jan Patula Doubek, «Trotsky en México. La asechanza permanente», *Iztapalapa*, 43 (1998), pp. 159-174.

34.- Véanse los capítulos III y IV de *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, y Barry Carr, «La crisis del Partido Comunista Mexicano y el caso Trotsky, 1939-1940» en Elvira Concheiro, Massimo Modonessi, Horacio Crespo, coords., *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM, CIICH, 2007, pp. 605-614.

lindar su posición programática» de las tres influencias enumeradas anteriormente.^[35]

Los matices no dejan de ser importantes. El «browderismo» ha sido caracterizado por Barry Carr como una corriente que ejerció una influencia importante en las organizaciones comunistas de nuestro continente, aunque en el caso mexicano fue breve y limitada. De acuerdo con el propio Carr, la reacción de los comunistas mexicanos contra el browderismo y los intentos por asumir posiciones más independientes frente a esta influencia y la de Lombardo Toledano dentro del partido, empezaron a expresarse con fuerzas a partir de la segunda mitad de 1945^[36].

Como se ha visto, la historiografía ha puesto énfasis en los elementos de orden político e ideológico que definieron la posición del PCM en los años 40. Con todo, en términos historiográficos, hace falta un estudio minucioso en torno al devenir de las contradicciones políticas e ideológicas que enfrentó no sólo el PCM, sino las distintas vertientes del comunismo mexicano durante este periodo y, al mismo tiempo, que dé cuenta de la dimensión social de dicho proceso a partir del análisis del peculiar desarrollo del capitalismo en México.

Esto último tiene una relevancia analítica particular porque, durante la guerra, la clase trabajadora atravesó un momento de violentos contrastes en el terreno de la lucha económica. Por sólo poner un ejemplo, el número de huelgas pasó de 98 en 1942, año en que México entró a la guerra, a 766 en 1943 y a 887 en 1944, para volver a descender a 220 un año más tarde. La mayor parte de los conflictos fueron por demandas salariales, lo cual nos habla de un dete-

rioro más que significativo en los ingresos y las condiciones de vida de los trabajadores mexicanos en estos años^[37]. Además, la arbitrariedad y la corrupción de la dirigencia de la Confederación de Trabajadores de México, así como las luchas por el poder en los distintos niveles de su estructura, produjeron graves fracturas organizativas en el movimiento obrero y serán tierra fértil para el crecimiento de tendencias sindicales sumamente conservadoras.

La segunda mitad de los años 40

En México, los primeros años de la Guerra Fría marcaron el despeque del llamado «Desarrollo Estabilizador», periodo caracterizado por un intenso crecimiento económico con base en el mercado interno, el proteccionismo comercial y el impulso, a través de la inversión estatal en infraestructura, de la industrialización para la producción de bienes de consumo. En términos ideológicos, el régimen profundizó aún más el giro conservador que había comenzado en el lustro anterior y, sobre todo, impuso un control más severo sobre las organizaciones de la clase obrera, en especial en los tres sindicatos nacionales de industria —de trabajadores ferrocarrileros, petroleros y mineros— los cuales habían gozado de cierta autonomía e independencia desde su formación en los años 30.

La imposición de dirigencias sindicales espurias y afines al régimen entre 1948 y 1951 en estos tres sindicatos tiene múltiples dimensiones que es necesario dejar enunciadas, al menos en lo general. En primer lugar, este proceso dio como resultado la plena incorporación de la mayoría de los trabajadores organizados a la estructura del partido en el poder; en segundo lugar,

35.- Javier Mac Gregor Campuzano, «Browderismo, unidad nacional y crisis ideológica: el Partido Comunista Mexicano en la encrucijada (1940-1950), *Iztapalapa*, 36 (1995), p. 181.

36.- Carr, *La izquierda mexicana*, p. 144.

37.- Jorge Basurto, *Del avilacamachismo al alemanismo (1940-1952)*, 2a ed., México, Siglo XXI Editores-Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, 1996, p. 94.

arraigó formas completamente arbitrarias y burocráticas en la gestión y la negociación de los contratos colectivos y las demandas económicas de los trabajadores sindicalizados; en tercer lugar, normalizó el uso de métodos antidemocráticos y gangsteriles al interior de los sindicatos para tratar de impedir, muchas veces inútilmente, la existencia de tendencias disidentes. A este conjunto de características propias del tipo de control que el Estado mexicano impuso sobre el movimiento obrero a finales de los años 40 y principios de los 50 se le conoce como «charrismo sindical», y a los dirigentes que desde aquel entonces se han prestado a ese tipo de maniobras y han obtenido algún beneficio personal, material o político, se les conoce como «líderes charros»^[38].

Otra característica del «charrismo» es que su génesis institucional tuvo como correlato una euforia anticomunista sin precedente. De acuerdo con Elisa Servín, quien ha estudiado este fenómeno a través del análisis de la prensa nacional:

«La coincidencia de propósitos entre gobierno y *establishment* periodístico a lo largo de estos años, propició que la propaganda anticomunista pudiera expresarse prácticamente sin cuestionamiento o contrapeso informativo alguno, tal vez con la única excepción de las publicaciones que dirigió José Pagés Llergo, *Hoy* y a partir de 1953, *Siempre*»^[39].

Cabe señalar que el término «comunista» era utilizado en un sentido peyorativo

y de manera indiscriminada para denostar a cualquier organización o individuo que se atreviera a criticar al régimen o a reivindicar la necesidad de democracia sindical. Lo mismo servía para designar a los militantes del PCM y a líderes de otras fuerzas, como Valentín Campa, que a dirigentes de izquierda leales al gobierno como Vicente Lombardo Toledano.

Por otra parte Horacio Crespo se ha encargado de analizar el discurso sobre la paz y la política exterior que asumió la dirigencia del PCM, en especial su secretario general, Dionisio Encina, en los primeros años de la Guerra Fría. Destaca cierta continuidad del pensamiento browderista, la adopción, en todos sus puntos, de las posiciones emanadas de la Kominform y el respaldo activo en México, en alianza con otras fuerzas e intelectuales, a las iniciativas mundiales de propaganda y organización para la paz promovidas desde la URSS. Sin embargo, como señala el propio Horacio Crespo: «faltan estudios específicos acerca del PCM en la época abordada, en su composición social, inserción, accionar cotidiano y sus diversos sectores y comités regionales, y también de las de las organizaciones ‘de frente’»^[40].

Los años 50

En 1950, varios comunistas destacados que habían sido expulsados del PCM a lo largo de la década anterior —entre ellos Valentín Campa, Miguel Ángel Velasco y Carlos Sánchez Cárdenas—, dieron forma al Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM). Llama la atención que hasta el día de hoy el POCM haya recibido tan poca atención historiográfica. El estudio más completo con el que contamos para acercarnos a la trayectoria de esta organización es el libro de Jorge

38.– Sobre la génesis y las características del «charrismo» sindical, véase: Richard Roman, Edur Velasco Arregui. «The State, the Bourgeoisie, and the Unions: The Recycling of Mexico's System of Labor Control», *Latin American Perspectives*, 2 (2006) pp. 95–103.

39.– Elisa Servín, «Propaganda y Guerra Fría: la campaña anticomunista en la prensa mexicana del medio siglo», *Signos Históricos*, 11 (2004), p. 12.

40.– Horacio Crespo, «El comunismo mexicano y la lucha por la paz en los inicios de la Guerra Fría», *Historia Mexicana*, 2 (2016), p. 714.

Alonso, *En busca de la convergencia. El Partido Obrero Campesino Mexicano*, publicado en 1990. Con base en documentación de archivos personales y numerosos testimonios de dirigentes del POCM, Jorge Alonso reconstruye los antecedentes del partido, su proceso de fundación, sus intentos por establecer la unidad con el PCM y, finalmente, su disolución en el Partido Popular Socialista (PPS)^[41].

La historiografía militante sostiene que durante la primera mitad de la década de los 50:

«[...] el rumbo de la crisis del Partido Comunista se mantuvo básicamente con las mismas características: división del partido, estrechamiento de sus filas, disminución de su influencia política y de masas, predominio de los métodos antidemocráticos de dirección, aplastamiento de la crítica, aplicación constante de sanciones extremas, estancamiento teórico»^[42].

Sin embargo, a partir de 1956 empezarían a expresarse algunas voces dentro del PCM que reclamaban cambios en la concepción política, las alianzas, la vida interna y la dirección del partido. El proceso de consolidación de estas tendencias en el PCM coincidió con un periodo de intensa movilización sindical de maestros, petroleros y otros trabajadores, que va a alcanzar su punto más alto con el movimiento ferrocarrilero de 1958-1959^[43]. La historiografía sobre este último es amplia, en ella se pueden encontrar obras

testimoniales, monografías y, en años más recientes, estudios con una perspectiva más social que buscan descentralizar el papel de los dirigentes e indagar en la participación de las bases^[44].

La historiografía militante ha recalcado que, a pesar de la represión generalizada contra la izquierda que puso fin al movimiento ferrocarrilero en marzo de 1959, éste posibilitó un acercamiento entre los militantes del PCM más afines a la tendencia que pugnaba por la reestructuración del partido y los militantes y dirigentes del POCM, todo ello en medio de la coyuntura que abrió el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS)^[45]. El impacto del XX Congreso en la vida interna del partido, así como el debate entre las fuerzas de izquierda tras la derrota del movimiento obrero en su conjunto a finales de los 50 son temas que requieren investigaciones más profundas.

Epílogo: hacia la disolución del PCM

Los años sesenta y setenta son un periodo rico en experiencias para el comunismo mexicano. Sin embargo, más allá de los textos de Carr y de los últimos cinco capítulos de la *Historia del comunismo en México*, carecemos de lecturas de conjunto sobre la vida interna del PCM, que avancen en la investigación sus relaciones con los múltiples movimientos sociales de la época, o la ausencia de las mismas, que aborden su praxis a nivel internacional y que indaguen en las múltiples contradicciones y tensiones programáticas, teóricas, ideológicas,

41.- El antecedente del PPS es el Partido Popular, fundado en 1948 por Lombardo Toledano.

42.- Gerardo Unzueta, «Crisis en el partido, crisis en el movimiento», en Arnoldo Martínez Verdugo, *Historia del comunismo en México*, México, Grijalbo, 1986, p. 209.

43.- Véase Aurora Loyo Brambila, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, México, Ediciones Era, 1979. Héctor Luis Zarauz López, «De la insubordinación a la cooptación: el sindicato petrolero y las movilizaciones de 1958-1959», *Secuencia*, 105 (2019)

44.- Por mencionar algunos trabajos: Demetrio Vallejo, *Las luchas ferrocarrileras que conmovieron a México (Orígenes, luchas y verdades históricas)*, México, 1967. Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México 1958-1959*, México, Ediciones ERA, 6ª ed., 1983. Robert F. Alegre, *Railroad Radicals in Cold War Mexico: Gender, Class, and Memory*, University of Nebraska Press, 2013.

45.- G. Unzueta, «Crisis en el partido», pp. 220-221.

pero sobre todo orgánicas, que determinaron y se produjeron al calor de su participación en la vida política del país. Esto no quiere decir, sin embargo, que no existan estudios sobre el comunismo en México durante estos años. Los hay, al menos en la medida que el comunismo formó parte de un espectro más amplio de corrientes de izquierda y no se circunscribió únicamente a la vida partidaria, sino que también abarcó otras actividades en las que se expresó su voluntad transformadora.

Un momento clave de este periodo, sin duda, es el movimiento estudiantil de 1968. La historiografía es muy numerosa. Abundan las versiones de los dirigentes y los relatos cronológicos sobre los acontecimientos que tuvieron lugar a partir de julio y que desembocarían en la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco. Entre estos hay que señalar, por ejemplo, *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68*, de Raúl Álvarez Garín; *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, de Gilberto Guevara Niebla y 1968. *El fuego de la esperanza*, de Raúl Jardón. La historiografía más reciente, por otro lado, ha hecho aportaciones importantes sobre otros aspectos del movimiento. Por ejemplo, Carmen Collado Herrera, a través del análisis de los documentos de los aparatos de inteligencia norteamericanos, indaga las maneras en que estos últimos informaron e interpretaron el desarrollo del movimiento y las contrasta con la versión oficial del gobierno, a trasluz de la relevancia geopolítica de México en la política hemisférica estadounidense de la Guerra Fría. Rodrigo Moreno Elizondo inscribe el estudio del movimiento del 68 en el ámbito más amplio de la trayectoria de las fuerzas políticas de izquierda que participaron en él y la reconfiguración de las mismas post-68. Del mismo modo, Héctor Jiménez Guzmán, recientemente dio a conocer una amplia in-

vestigación sobre la historiografía del movimiento estudiantil^[46].

Por otra parte, desde el campo de la historia intelectual, Carlos Illades en *La inteligencia rebelde*, ha estudiado las ideas, las perspectivas teóricas y la confluencia de múltiples corrientes de pensamiento en la izquierda mexicana de finales de los sesenta a finales de los ochenta —con énfasis en el análisis de las revistas *Historia y Sociedad*, *Cuadernos Políticos* y *Coyoacán*, las cuales «son representativas de las variadas posiciones políticas y distintas aproximaciones teóricas de los años dorados del marxismo latinoamericano»— avanzando en una historia del papel de la izquierda en el entorno político y cultural del periodo^[47]. A su vez, Luciano Concheiro y Ana Sofía Rodríguez se han encargado de estudiar de manera particular las revistas que produjeron los comunistas mexicanos entre los años 60 y 80^[48].

46.— Véase: María del Carmen Collado Herrera, «La guerra fría, el movimiento estudiantil de 1968 y el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. La mirada de las agencias de seguridad de Estados Unidos», *Secuencia*, 98 (2017), pp. 158-203. J. Rodrigo Moreno Elizondo, «El movimiento estudiantil-popular de 1968 y la recomposición de las organizaciones políticas de izquierda», *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 234 (2018), pp. 239-264. Héctor Jiménez Guzmán, *El 68 y sus rutas de interpretación. Una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018.

47.— Carlos Illades, *La inteligencia rebelde: La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*, México, Océano, 2013, (ePub). Mención aparte merecen las historias generales de la izquierda en México de este mismo autor, las cuales nos ofrecen una visión panorámica desde el siglo XIX hasta el XXI, y en las cuales el comunismo es una entre muchas expresiones políticas con una vocación transformadora. Véase: Carlos Illades, *De la social a Morena: El desarrollo histórico de la izquierda mexicana*, México, Jus, 2016 (ePub) y Carlos Illades, *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*, México, Océano, 2018 (ePub). También hay que mencionar su historia sobre el pensamiento marxista en México: Carlos Illades, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, México, Taurus, 2018.

48.— Luciano Concheiro, Ana Sofía Rodríguez, «Las revistas del comunismo», en Carlos Illades, coord., *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*, México, Fondo de

En este contexto, forzosamente hay que tomar en consideración a José Revueltas, uno de los pensadores comunistas más importantes de la época, por no decir que de todo el siglo XX. Tras ser expulsado por segunda ocasión del PCM en 1960, Revueltas escribió su famoso *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, un largo texto en el que hacía un repaso histórico de la trayectoria del partido y en el que sostenía que éste, como conciencia organizada, marxista-leninista, de la clase obrera, no había existido nunca. Desde otro ángulo, también hay que mencionar *Partido Comunista Mexicano. Trayectoria y perspectivas*, un largo ensayo de Arnoldo Martínez Verdugo que originalmente fue presentado como informe al pleno del Comité Central del 9 al 14 de diciembre de 1970, y que posteriormente apareció publicado por Ediciones de Cultura Popular. Sin ser un texto historiográfico propiamente dicho, resulta de especial interés para conocer la perspectiva de la dirigencia del PCM sobre el desarrollo histórico de la organización y la manera en que Martínez Verdugo concebía la praxis política del partido frente a esa experiencia histórica.

En los últimos años, uno de los temas que ha despertado el interés de múltiples historiadores ha sido la experiencia de las organizaciones armadas que se formaron en México entre los años 60 y 70. Sin duda, se trata de un campo historiográfico que tiene sus propias peculiaridades y que, por lo tanto, merecería un estudio aparte, sobre todo de orden teórico y metodológico, lo cual rebasa considerablemente los alcances de este ensayo^[49]. Lo mismo sucede

al acercarnos a los trabajos, menos abundantes, sobre las organizaciones maoístas, trotskistas, socialistas, etcétera. La participación de los comunistas, y no sólo del PCM, en el movimiento obrero de la época y su papel en el proceso de reforma política de la segunda mitad de la década de los 70, también merecen ser analizados con mayor profundidad. En cierto sentido, la diversificación de la historiografía refleja el grado de fragmentación, las divisiones y la coexistencia de múltiples formas de organización y de concepciones políticas e ideológicas que atravesó la izquierda, en México durante este periodo, en particular sus expresiones comunistas^[50].

Todo esto complejiza aún más los términos de la polémica historiográfica sobre el comunismo en México. ¿De qué se tiene que ocupar esta última cuando aborda los años 60 y 70?, ¿debe limitarse sólo al estudio del PCM o tiene que abrir sus márgenes de investigación al estudio del movimiento insurgente, los movimientos sociales y los demás partidos y organizaciones que se reivindicaban a sí mismos como vanguardia de la clase trabajadora?

Desde nuestro punto de vista, la historiografía ha abordado estos temas por separado, sin integrarlos en una interpretación más coherente y unitaria, la cual resultaría clave para tener una visión de conjunto sobre la historia del comunismo en México.

Movimientos armados en México, siglo XX, México, El Colegio de Michoacán, CIESAS, 2006. Para la guerrilla rural: Marco Bellingeri, *Del agrarismo armado a la guerra de los pobres, 1940-1974*, México, Casa Juan Pablos, 2003. Para la guerrilla urbana: Rodolfo Gamiño Muñoz, et al., coords., *La Liga Comunista 23 de Septiembre. Cuatro décadas a debate: historia, memoria, testimonio y literatura*, México, UNAM, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 2014.

50.- Sobre la reforma política: Octavio Rodríguez Araujo, *La reforma política y los partidos políticos en México*, 12ª ed., México, Siglo XXI, 1989. Marco Antonio Ávila Peña, «Sobre la democracia sin apellido: procesos de las reformas políticas de 1963 a 1986», UAM-Iztapalapa (tesis de doctorado en curso)

Cultura Económica, 2018 (ePub).

49.- La historiografía sobre el movimiento armado es vasta. Los trabajos varían en profundidad y extensión. Además, la tendencia es hacer historias particulares de cada grupo. Sin embargo, podemos mencionar como un muestra representativa los siguientes. Para una historia general: Verónica Oikión Solano, Marta Eugenia García, eds.,



Hernan Laborde, candidato comunista a la primera magistratura, durante un mitin. Ciudad de México, 1933. (Foto: *Revista Hoy*, fuente: Instituto Nacional de Antropología e Historia, México).

Por un lado, es necesario comprender las causas que dieron lugar al desdoblamiento orgánico de los comunistas mexicanos desde los años 40 y, al mismo tiempo, tratar de encontrar los motivos que impidieron su unidad en las décadas siguientes, más allá de la polémica ideológica y la lucha interna. Al

mismo tiempo, también es necesario complejizar el proceso social que llevó a la disolución del PCM en 1981 y su integración con otras fuerzas políticas; cuestionar el tipo de unidad que surgió de ahí, indagar en sus contradicciones de origen y en las que se produjeron en los años siguientes, e

inscribir ese estudio no sólo en el del contexto material y político del país a finales de siglo, sino también en el ámbito internacional. Más aún: hace falta una historia de la clase obrera mexicana y sus expresiones políticas, comunistas o no, que sin negar el papel determinante del Estado traslade el foco de atención hacia los trabajadores.

En este sentido, es fundamental avanzar en una representación historiográfica anclada en el materialismo histórico, que ponga en relación el desarrollo del comunismo mexicano con el curso mismo de la lucha

de clases. Esto es especialmente importante para comprender los años que siguieron a la II Guerra Mundial, donde ubicamos un vacío importante, a pesar de la gran diversidad de interpretaciones historiográficas. Por último, hay que señalar que la historia del comunismo en México es, cada vez más, un campo de batalla entre las organizaciones comunistas actuales, que buscan romper con la tradición anterior, y las corrientes de izquierda que se consideran a sí mismas herederas del legado de la lucha de los comunistas mexicanos por la democracia.